



IGLESIA DE SAN SULPICIO.

La iglesia de San Sulpicio, que trae su origen del año de 1653, es un majestuoso y elegante edificio, en el que la reina Ana de Austria puso la primera piedra: por falta de dinero se paralizaron los trabajos, y su continuación no tuvo lugar hasta el año de 1733, terminando el pórtico el arquitecto Servadoni, en el año de 1743. Las torres fueron construidas por Maclaurin y Chalgrin; la del Sud por el primero, en el año 1749, y la del Norte por el segundo, en 1777. El coro y los costados habían sido concluidos en 1678; el pórtico se empezó el año de 1733 y se concluyó en 1743, y las dos torres en las dos épocas dichas ya. La una de estas torres, la del Norte, es mas alta que la del Mediodía, que tiene una figura cuadrangular. Estas dos torres, en un todo semejantes hasta el primer piso, se diferencian bastante en la parte superior. Pero no debe acusarse á los arquitectos por esta desigualdad, sino al arzobispo de París, que quiso en un parasismo de aristocracia que solo la metrópoli tuviese dos torres idénticas y acabadas. De aquí proviene la conocida frase de Victor Hugo, que compara el panteón á una torta de Saboya, las torres de Nuestra Señora á dos estuches, y las de San Sulpicio á dos modestas flautas.

El pórtico de San Sulpicio se cita como una maravilla en su género; tiene de largo 128 metros, y se compone del órden dórico y jónico. Las dos estremidades son dos cuerpos cuadrados, que sirven de base á las dos torres; tienen 70 metros de elevación, 2 mas que las de Nuestra Señora. Al estremo del pórtico y frente á las torres se

hallan, al pié de la calzada, dos capillas adornadas con estatuas alegóricas, habiendo en la una un bautisterio y en la otra un santuario del Viático.

La estension de la iglesia desde la primera grada de la fachada principal hasta la capilla de la Virgen es de 144 metros, y su altura de 33, contando desde el empedrado hasta la estremidad de la bóveda. A derecha é izquierda de las puertas laterales, por la parte exterior, hay nichos con estatuas de santos que tienen 3 metros de proporcion. El coro cuenta 27 metros y medio de largo, y se halla rodeado por siete arcos que sostienen columnas corintias. A los lados de la nave se hallan doce estatuas de piedra que representan los doce apóstoles. El altar mayor, colocado enfrente del coro, es de muy buen efecto, y la capilla de la Virgen, situada al lado de la iglesia, tiene su cúpula pintada al fresco por Lemoine, representando esta pintura la Virgen de la Asuncion. En el fondo de la capilla hay un nicho que contiene un grupo representando á la Virgen con el niño Jesus en los brazos. A la derecha está la capilla de San Mauricio, con dos cuadros al fresco, dignos de la atención de los inteligentes. Este San Mauricio era un tribuno militar, jefe de una compañía que habiendo rehusado marchar contra los cristianos genoveses, fué muerto alevosamente con parte de sus soldados. Las pilas de la iglesia son de concha, y muy notables su volúmen y mérito; es un presente que la república de Venecia hizo á Francisco I. Dos columnas de órden compuesto sostienen la tribuna de la caja de los órganos, instrumentos que fueron fabricados por el célebre Cliquot.

La iglesia, que ocupa una línea meridional, tiene de estension 58 metros y 50 centímetros, y á su estremidad, que linda al

19 DE JUNIO DE 1833.



Norte de esta línea, se prolonga y se eleva verticalmente un obelisco de mármol blanco, de 8 metros y 33 centímetros de altura. La ventana meridional se halla enteramente cerrada, excepto una abertura por donde penetra un rayo de sol, que forma una imagen sobre la línea vertical de un obelisco. Esta línea meridiana y el obelisco datan del año de 1743, y tienen por objeto fijar el equinoccio de primavera y el de domingo de pascua.

Se han colocado dos telégrafos en la torre de San Sulpicio, que se corresponden con el de San Eustaquio y el del ministerio del Interior, y al costado de la iglesia se halla el seminario de San Sulpicio, que es un vasto edificio construido en el reinado de Carlos X, y que cómodamente puede contener 150 colegiales: tiene una ayuda de parroquia en Issy, cerca de París.

Por último, no debemos omitir que en San Sulpicio, dió la ciudad de París un espléndido banquete al general Bonaparte á su vuelta de Egipto, y que fué acaso una de las fiestas nacionales mas brillantes que se dieron durante la República.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### DESDE EL ALCÁZAR Á LA PUERTA DE LA VEGA.

Las cercanías del antiguo Alcázar, y aun las del moderno palacio, hasta nuestros mismos días, presentaban por todas partes un aspecto muy indigno ciertamente de la grandeza y decoro propios de la mansión real. Barrancos y despeñaderos á los lados Norte y Poniente; mezquinas iglesias, tapias de huertos y conventos, y apiñado y pobre caserio, que le hacían poco menos que inaccesible por los lados de Oriente y del Sur.—En vano Carlos V y Felipe II, á costa de crecidos sacrificios, habían adquirido considerable estension de terreno á la parte setentrional y de Occidente, desde la montaña que hoy se llama del Principe Pio hasta el rio y Cuesta de la Vega, y mas allá la inmensa posesion de la Casa del Campo, comprada á los herederos del licenciado Francisco de Vargas; en vano emprendieron obras considerables, desmontes y plantíos en toda aquella estension, y muy especialmente en el trozo que media entre palacio y el rio, convertido en un ameno parque, que luego fué destruido injustamente, hasta que le hemos visto reaparecer de nuevo mas brillante en el reinado actual. En vano hicieron desaparecer algunos huertos y casuchos, así como tambien el convento de San Gil y la parroquia de San Miguel de la Sagra que estaba junto á la puerta principal del Alcázar, y que se derribó y trasladó á otro sitio con el objeto de dejar desembarazada aquella y formar la esplanada que hoy es plaza principal de palacio; todo lo que consiguieron fué hacerle algo mas accesible por este lado, y formar aquella plaza cuadrada con un cuartelillo para la tropa y el edificio de las Caballerizas Reales, hoy la Armería, quedando abierta por la banda occidental, hasta que en tiempo de José Napoleon se hizo la balaustrada de piedra que la cierra y decora. Por lo que hace á los demás frentes del Alcázar, permanecieron poco mas ó menos ahogados que en un principio, con los barrancos, precipicios, huertos, conventos y callejuelas de que nos ocuparemos á su tiempo.

Siguiendo por ahora nuestro paseo mental en direccion de la antigua muralla hasta la puerta de la Vega, tropezamos en primer lugar con el ya citado edificio, aun existente, de la Armería, mandado construir por Felipe II con destino á caballerizas reales, sobre cuya obra le escribía el mismo Felipe á su arquitecto Gaspar de Vega desde Bruselas con fecha 13 de febrero de 1559, diciéndole entre otras cosas lo siguiente: «El tejado de las caballerizas de Madrid queremos sea tambien de pizarra y de la faccion de los de por acá; hareis se prevenga la madera para ello... Y porque en el dicho cuarto ha de haber mucha gente y paja y otras cosas peligrosas para el fuego, será bien que el primero y segundo suelo sean todos de bóveda, sin que en ambos suelos haya otra cosa de madera sino puertas y ventanas, y así lo ordenareis...» Y efectivamente se verificó de este modo y se cubrió con su alto caballete apuntado, empizarrado y rematando en forma de piñón á los costados al gusto flamenco. De este edificio, que ocupaba además por una prolongacion y figura bastante irregular, gran parte de lo que hoy es plazuela de la Armería, solo se conserva el lienzo que da frente al palacio, y que en su piso principal encierra el inmenso salón de 227 pies de largo por 52 de ancho, que ocupa el magnífico museo de la Armería, mandado trasladar á él desde Valladolid por el mismo monarca Felipe II al año siguiente de su terminacion (1565).

(1) Véase el número anterior.

En cuanto al grandioso arco abierto en el mismo edificio y que sirve de ingreso á la plaza de palacio, aunque parece que debia formar parte de la primitiva construccion, no creemos fué así, pues por un lado no le hallamos señalado en el minucioso plano de 1636, antes solo la continuacion del edificio en direccion á la puerta de la Vega; y por otro se nos asegura con documentos, que no hemos visto, que dicho arco fué obra del tiempo de la minoría de Carlos II, y mientras la priranza de D. Fernando Valenzuela con la Reina Gobernadora. Durante la dominacion francesa; se derribó muy oportunamente la parte del edificio destinado en lo antiguo á caballerizas y que ocupaba, como queda dicho, un buen trozo de lo que es hoy plazuela de la Armería, juntamente con las manzanas de casas números 444 y 445, que se levantaban entre dicho arco y la cuesta de la Vega, formando las callejuelas de *Pumar*, de *Santa Ana la Vieja* y del *Postigo*; solo quedó en pie enfrente á la Armería la antigua casa llamada de *Pages* de S. M. por haber sido destinada á este colegio real, pero que en lo antiguo perteneció á la familia y mayorazgo de los *Guevaras*, habiendo sido labrada en el siglo XVI por D. Felipe de Guevara, señor de la casa de este apellido, gentil-hombre del emperador, muy valiente capitán, y erudito anticuario, autor de los *Comentarios de la pintura* y de otras obras.

La casa que ocupa toda la manzana 445, es llamada del *Platero* por haber sido construida á principios del siglo pasado por un rico comerciante de joyería, que aun solia decir «que después de haber levantado aquel palacio le quedaba todavia una onza para poner debajo de cada teja.» Posteriormente parece que perteneció al colegio de plateros bajo la advocacion de San Eloy, de quien sin duda hubo de adquirirla el gobierno para colocar en él sucesivamente diversas oficinas, el Crédito público, Caja de amortizacion, Museo Naval, y actualmente el Tribunal de cuentas.—Estrecha con este edificio la mezquina callejuela llamada de *Malpica*, la antiquísima casa de los marqueses de este titulo y de Povar, que en lo antiguo perteneció á la familia de los Bozmedianos, que desempeñaron los elevados cargos de secretarios ó ministros del emperador y de su hijo Felipe II, siendo tradicion que el primero de aquellos monarcas paró mas de una vez en Madrid en esta casa del secretario Juan de Bozmediano. En ella nació tambien la heroica y desgraciada Doña Juana Coello Bozmediano, esposa del secretario de Felipe II, Antonio Perez, que no contenta con facilitar la evasion de su marido de la rigorosa prision en que estaba, y atraerse por esta causa las mas inhumanas persecuciones, hizo grandes viajes por mar y por tierra en su seguimiento y defensa, fué modelo de amor conyugal, de valor y fortaleza.—Esta casa debió ser la última de Madrid por aquel lado, y estaba arimada á la antigua muralla, que bajaba por detrás de ella y de la huerta llamada de *Ramon á las del Pozacho*, que venian á estar hacia donde hoy las casas de la Moneda en la calle de Segovia. La casa de los duques de Osuna y de Benavente, que se ve después á la bajada, debió construirse sin duda sobre las ruinas de la antigua muralla, aunque pensamos que la otra casa mas baja, conocida tambien por la *chica de Osuna*, existiera ya anteriormente, y sea en el todo ó en parte la misma fábrica en que estuvo colocado el hospital llamado de San Lázaro, destinado á la cura de leprosos, y da al callejon que hoy conserva su nombre.

La puerta única de Madrid por aquel lado era la de la *Vega*, pues no existia todavia la de *Segovia*, ni el trozo de calle baja que va al puente, ni este tampoco, que fueron obras todas del siglo XVI. Dicha puerta de la Vega interrumpia la fortísima muralla que arrancaba en las cercanías del Alcázar: era de entrada angosta, y estaba debajo de una fuerte torre caballero; tenia dos estancias; en el hueco de la de adentro habia dos escaleras, á cada lado la suya, por donde se subia á lo alto; en la de afuera habia en el punto del alto un agujero donde tenian oculta una gran pesa de hierro que en tiempo de guerra dejaban caer con violencia sobre el enemigo que intentase penetrar; en medio de las dos estancias aparecian las puertas guarnecidas por una grande hoja de hierro y muy fuerte clavazon. Pero este edificio y trozo de muralla desapareció hace tres siglos por lo menos, y ni siquiera el portillo que le sustituyó, y removió en el último, existe ya, aunque sí le hemos alcanzado á ver todavia con su efigie de piedra en lo alto de ella representando la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid, que fué hallada segun la tradicion en un cubo de la muralla á que arimaba la casa del *Almodín* ó *Alhóndiga* de los moros, habiendo sido sin duda oculta por los fieles en aquel sitio al tiempo de la invasion, y permaneció en él durante trescientos setenta y tres años, que al decir de los autores duró en Madrid la dominacion sarracénica.

El recuerdo de esta milagrosa imagen y su inmediacion nos lleva naturalmente á la vecina iglesia parroquial de Santa Maria, matriz de la villa, donde se conserva y venera todavia. La fundacion de esta iglesia es tan remota, que está envuelta en la mayor oscuridad; hay quien la supone nada menos que del tiempo de los romanos, asegurando ser en ella donde se predicó por primera vez el evangelio en Ma-



drid, y añadiendo lo que después fué colegiata de canónigos reglares; otros la señalan origen en tiempo de los monarcas godos, aunque no fijan precisamente la época; pero unos y otros convienen en que sirvió de mezquita á los moros, y fué purificada y consagrada después de la restauración por el rey D. Alfonso el VI. Posteriormente, en varias ocasiones se trató de sustituir este templo, venerable por su antigüedad é historia, aunque mezquino en su forma y dimensiones, por una catedral ó colegiata digna de la capital del reino, y aun obtenidas las bulas al efecto en el reinado de Felipe IV, se sentó solemnemente la primera piedra para esta nueva construcción en la plazuela que se forma detrás del templo actual; pero el respeto y veneración que este inspiraba, fué siempre causa de que no se llevase á cabo el pensamiento, contentándose solo con reparar y adornar el antiguo en su parte exterior, aunque de una manera bien pobre por cierto. Su interior tampoco ofrece grandes objetos de alabanza, aunque fué restaurado en lo posible á fines del siglo último por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, siendo lo mas notable la capilla de los Bozmedianos, que da frente á la entrada principal, y fué construida por aquella ilustre familia que ya hemos dicho que tenían casas allí enfrente, á mediados del siglo XVI.—Detrás de esta iglesia, formando escuadra y parte de la manzana 440, se mira aun en pie la casa que fué propia de Rui-Gomez de Silva, duque de Pastrana, mayordomo y favorito de Felipe II y de su muger la célebre Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, que tanto influjo ejerció en el ánimo de aquel austero monarca, y que fué sin duda causa de su rivalidad y de la horrible persecución suscitada por él contra el célebre secretario Antonio Perez.—Aun se ve tambien en dicha Iglesia la pequeña puerta en cuyo quicio es fama que el engañado y vengativo monarca asistió embosado á ver tomar el cohe al objeto de su cariño, la noche misma que partía para ser conducida, por orden suya, á la torre de Pinto, que hoy miran indiferentes á su paso los viajeros por el ferro-carril de Aranjuez.—La casa pertenece hoy al Colegio de niñas de Leganés, y es la señalada con el número 4 nuevo.

El elegante edificio que da frente á los Consejos y que ha renovado su actual dueño el señor duque de Abrantes, y antes perteneció á los marqueses de Palomares, forma en el día por uno de sus costados, y formaba ya en aquella época, la estrecha callejuela del *camarín de Santa Maria* (hoy de la *Almudena*), y en ella tuvo lugar el alevoso asesinato del secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo, mandado ejecutar por orden de Felipe, y por el intermedio de su citado ministro Antonio Perez, en cuya terrible catástrofe tuvo acaso la causa principal el fúnebre amor que aquella hermosura (á pesar de ser tuerta ó bízca) supo inspirar á todos tres.—Por el costado izquierdo de dicha casa corre la calle que tomó su nombre del *Factor* Fernán Lopez de Ocampo, que tuvo en ella sus casas á principio del siglo XVI, las mismas que estaban situadas sobre el pretil de palacio, al extremo de dicha calle, y fueron después de la ilustre familia de los Borjas. En ellas vivió algun tiempo el marqués de Lombay, duque de Gandía (San Francisco de Borja), y nació después el famoso poeta D. Francisco de Borja y Aragon, príncipe de Esquilache. En el siglo último fué conocido este palacio por la casa de Rebeque (el embajador de Holanda, Mr. Robek, que habitó largo tiempo en ella); hoy no existe ya, ni la calle y plazuela, ambas del mismo nombre, que se formaban á su inmediación.

Como al frente del principio de la misma calle del Factor, en la Real de la Almudena, hoy plazuela de los Consejos, é interrumpiendo sin duda la muralla primitiva que se supone haber existido en Madrid, y que desde la Cuesta de la Vega y huertas del Pozacho subia otra vez por detrás de donde hoy estan los Consejos hasta el pretil y antiguo Alcázar, se alzaba con el nombre del *Arco de Santa Maria*, la otra de las dos únicas puertas que debió contar el primitivo Madrid.—Este famoso arco, único testimonio de aquel estrechísimo recinto, fué derribado en 1572 con ocasion de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, y para ensanchar el paso. Era, segun el maestro Juan Lopez de Hoyos, docto madrileño que escribió una obra muy curiosa para describir aquella solemnidad, una torre caballero fortísima de pedernal, en cuyos cimientos, al decir del mismo bonachon y entusiasta escritor, se hallaron unas láminas de metal, en las cuales estaba escrito (presumimos que en caldeo) que aquella muralla y puerta se habian hecho en tiempo de Nabucodonosor rey de Babilonia, de lo cual los cronistas madrileños dedujeron el paso de aquel famoso guerrero por esta villa, aunque es de suponer que no haya tenido el honor de de albergarle en sus muros hasta estos últimos años que le ha aplaudido bajo la forma de *Ferri ó de Roncont*.—Sobre el derribo de esta torre ó castillo se construyó por entonces otro arco mas grande, que se llamó de la *Almudena*, y fué tambien derribado posteriormente.

Frente de la iglesia de Santa Maria, y donde se eleva hoy el hermoso palacio conocido por los *Consejos*, mandado construir por D. Cristóbal Gomez de Sandoval, duque de Uceda é hijo del famoso duque de Lerma, favorito de Felipe III, se alzaban antes varias casas prínci-

pales de los Porres y Bozmedianos y otras familias, cuyos edificios fueron derribados para la construcción del ya dicho palacio de los duques de Uceda, encomendado al arquitecto Juan Gomez de Mora, quien dejó en ella consignado su buen gusto artístico. En este palacio residió después la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, y en el mismo falleció el 16 de mayo de 1696; adquirido después por el Estado en el reinado de Felipe V, pasaron á ocuparle los Consejos supremos de Castilla é Indias, de Órdenes y de Hacienda, la Contaduría mayor y Tesorería general, y hoy, estinguidos aquellos, se hallan establecidos en él el Consejo Real, el Tribunal de Órdenes, las Direcciones del Tesoro, de Loterías y otras varias oficinas.

R. DE M. R.

## EL SALON DE DILIGENCIAS.

¡Pícaro mundo! ¡mundo pícaro! Nada hay en él que sea constante; y estoy inclinado á sostener que el mundo no es mundo, sino munda, esto es, hembra, ó lo que viene á ser lo mismo, la encarnación de la inconstancia. Por eso se quejan con razon los hombres de afecciones firmes. Un apasionado de la fresa se lamenta justamente de que apenas dura mes y medio una fruta que debía durar todo el año, y lo mismo dirán los amantes de los albaricoques, las guindas y los melocotones de Aragon, que apenas saludamos las ferias. Felices mil veces los borrachos, que todo el año tienen vino, pues no pueden llamarse tan felices los aficionados al agua si son vecinos de Madrid, porque no la encontrarán pura como no la compren por vino en alguna honrada taberna. Pero no es lo peor que pasen, como pasa la gloria mundana, los albaricoques y las fresas; lo insoportable, lo verdaderamente atroz es, que siga al invierno la primavera, á la primavera el estío, al estío el otoño, y al otoño otro nuevo invierno; cambio periódico de estaciones que cambia las costumbres de muchas familias, en grave perjuicio de los seres mas inofensivos de la tierra; seres que no ha clasificado Buffon, aunque todo el mundo los conoce con el dulce nombre de *amantes*.

Estas u otras observaciones, que en sustancia decian lo mismo, hacia yo una noche de julio; y las hacia porque me encontraba en el parador de diligencias para despedir á un amigo, que no queria morir en Madrid como murió en Roma San Lorenzo.

Terminadas mis reflexiones, creí prudente matar el tiempo dando vueltas por el saloncito y entablando conversacion con las viajeras y viajeros, que iban á darnos un próximo *vale*, y con el centenar de amigos que acudian á darles un espresivo apretón de mano ó un tierno y espresivo abrazo.

Como el linaje humano está dividido en dos grandes mitades, y seria demasiada ambición y demasiado engorro querer monopolizar las dos mitades, yo me decidí por la hermosa, y antes de saber cuántos hombres embarazaban el saloncito, procuré averiguar cuántas mugeres lo perfumaban y embellecian. Tambien me pareció prudente clasificarlas en viajeras y acompañamiento, como se clasifican los personajes de los dramas en actores y meros comparsas. Ocho eran las damas viajeras, y no bajaban de cuarenta las comparsas ó acompañantes. Casi es redundante decir que las reinas de la funcion eran las que iban á mudar de aires; y como que hacian papeles de reina, será justo ocuparse de ellas con antelación á las demás.

La emperatriz de todas estas reinas era la adorable Cristina. Cristina... ¡Qué hermosa es Cristina! Ya la conocen ustedes todos, y por lo tanto no es necesario que yo me entretenga en dibujar sus ojos negros y rasgados, su frente tersa como el mármol, su cabello negro y lustroso, como el ébano bien bruñido, su boquita de labios delgados y rojos como una cereza, su nariz recta y proporcionada como las de las mejores estatuas griegas, sus cejas valientemente dibujadas sin que den rudeza á su rostro, su talle esbelto como el tallo de una azucena, su mano breve y torneada, su pié pequeño y primorosamente calzado, su... Yo no queria hacer su retrato, y lo he sacado al daguerreotipo. Perdonen ustedes, señoras, y ya que me he tomado el trabajo de bosquejar á tan bella criatura, tengan ustedes la bondad de darme patente de consumado retratista. A la derecha de Cristina estaba su madre, señora, como todos saben, que ha sido muy bella, que se conserva perfectamente, y que se distingue por su finura y exquisita amabilidad. A corta distancia de hija y madre estaban unos cincuenta pollos, todos con los lentes calados, como si quisieran impedir, devorándola con sus miradas, la marcha de esta interesante criatura.

Poco distante de Cristina estaba en traje de camino la señora marquesa del Berro, acompañada de su correspondiente doncella. La señora marquesa llevaba muchas cintas, muchísimos lazos, y remuchísimo colorete: en una palabra, la marquesa era una verdadera pintura



vestida en traje de arlequín. Bien que la señora marquesa se enjabelgue todos los días, de alguna manera ha de cubrir los profundos círculos que la despiadada mano del tiempo ha ido cavando en sus mejillas

*Lindas y frescas cuando Dios quería;*

pero encargue y mande á su modista que no abigarre sus adornos; porque, con perdon sea dicho de tan ilustrísima dama, parecía su cõña la moña de un toro de plaza en corrida de competencia. La doncella de la marquesa era otra cosa muy distinta. La picaruela había nacido después de la muerte del rey, de manera que andaba á raya con sus diez y siete primaveras. Tenía unos ojillos mas pícaros que un escribano de la corte, y unos colores naturales mucho mas vivos que los postizos de su ama. Estoy seguro de que la gente de la rotonda no la había de echar en saco roto. Conversaban con la marquesa media docena de cotorrõnes ya pasados, y otras tantas viejas horribles.

Formando grupo aparte estaba una muger de treinta años, ni muy gorda ni nada flaca, ni baja ni de alta estatura, ni muy hermosa ni muy fea, una completa medianía y una perfecta vulgaridad. Los padres de esta buena señora tuvieron el maldito gusto de darla por nombre de pila Gerónima y por apellido Pimenton; pero tuvieron la feliz ocurrencia de hacerse ricos y de casarla con un hombre acaparador de peluconas; de manera que Doña Gerónima Pimenton era toda una capitalista por babor y estribor, como diría un capitán de barco. Doña Gerónima llevaba un sombrero de inmensas alas y de tafetan de Florencia; un vestido de seda *guate*, y una manteleta idem per idem: de modo que la buena señora sudaba el quilo, y prometía quedarse ahogada de calor antes de llegar á Buitrago. A corta distancia, y de pié, se encontraba una Maritornes, doncella de la capitalista, fea como el pecado, y cargada con dos fiambreras y tres cestos, arsenal de provisiones de boca, que debían consumir ama y criada antes de llegar á Vitoria. La mala facha de esta Maritornes me hizo recordar que para nada se necesita tan buen ojo como para elegir una doncella. Al lado de Doña Gerónima estaba sentado un hombrequito de maneras un tanto encojidas y de mirada un mucho hipócrita. A legua se oía que este hombre era un capitalista por menor; es decir, uno de esos hombres que hacen su fortuna á fuerza de tiempo y astucia, para guardarla, pues los capitalistas improvisados ó de grandes golpes son ampulosos y arrogantes, como la yegua de un tal Arnaldo, que se murió de buena moza. El capitalista tenía sobre sus rodillas una empanada, dos pasteles y un enorme cucurcho de dulces, que completaban las provisiones de su esposa. Media docena de dependientes escoltaban al matrimonio.

Sentada en medio de una banqueta, con la apostura de una sultana, estaba una dama bastante gruesa, bastante alta, bastante encarnada, con muchos anillos en los dedos, una gran cadena de reló, y una cõña mas historiada que la de la ilustre marquesa. A dos pasos de ella, y de pié, como ministro que espera órdenes, estaba un hombre regordete, con una carita de pascua, ó de tonto que da lo mismo, que segun la máxima de Quevedo, no dejaba la menor duda de su estúpida beatitud. El hombrequito regordete tenía en la mano una cotorrita enjaulada, y estaba esperando el momento de ponerla sobre la vaca. Todo el mundo estará persuadido de que el buen señor era esposo de la despótica sultana, porque al lado de una muger altiva se encuentra siempre un esposo tímido y pacato; pero lo que sospecharán muy pocos es, que este mansísimo cordero fuese todo un gobernador de provincia. Pues lo era de segunda clase, y estaba muy resuelto á meter en un brete á los carlistas, á los progresistas, á los conservadores, á los puritanos, á los demócratas, á los polacos, á los moderados disidentes: en una palabra, á todo bicho que no fuera un ministerial puro y neto.

Sola, absolutamente sola, estaba la octava muger, número que cerraba el cupo de las que debían encajonarse dentro de un momento en la góndola. Esta muger tan solitaria era jóven, bastante bella, y estaba vestida con poco lujo, pero con perfecta elegancia. Me llamó la atención su aislamiento, y aprovechándome de la confusión y franqueza que media en momentos de despedida, me senté á su lado y la dije:

—Perdone V. mi impertinencia, pero me ha llamado tanto la atención su aislamiento de V., que me he tomado la libertad de dirigirla la palabra.

—No soy de Madrid, me respondió; ni dejo en él ningún amigo.

—¿De modo que se marcha V. para siempre?

—Así lo creo.

—¿Habrá V. venido á negocios?

—Sí señor. Estoy casada con un cesante, y he pasado seis meses en Madrid solicitando su reposición.

—¿La habrá V. conseguido al fin?

—No señor.

—Pues si yo hubiera sido ministro...

—Nunca falta quien venda destinos al precio que V., caballero.

Esta respuesta me dejó cortado; tartamudeé algunas excusas, y me levanté diciendo para mí: «El marido de esta muger merece de seguro un gobierno de provincia mucho mejor que aquel marido marracho casado con aquella fatal fantasma; y esta pobre habrá solicitado quizás una plaza de oficial tercero.»

La mayor parte de mi tarea estaba concluida, y si no hubiera tenido que esperar al amigo de mis pecados, así hubiera pensado yo en pasar mas tiempo en el salón como en hacerme filisteo; pero mi susodicho amigo lo había dispuesto de otro modo, y después de haber examinado las damas y criadas de aquella variada comedia, me dediqué á pasar revista á los galanes, que eran diez, incluso el gobernador de provincia, á quien había examinado á mi sabor, y mi amigo, á quien no necesitaba examinar porque lo conocía de sobra.

El segundo personaje macho que llamó mi atención, pues ya queda dicho que el gobernador fué el primero, fué un hombrequito muy pequeño, muy flaco, muy chupado de cara, y como de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Este personaje iba vestido de mahon de color de ceniza, la mas económica de todas las telas y el mas encubridor de los colores; llevaba un sombrero hongo tan mugriento, que debía haberle servido tres veranos, y unos zapatos recios, sin chispa de charol ni barniz. Pero la prenda culminante de este diminuto personaje eran unas enormes gafas verdes de cuatro cristales, que no solamente le cubrían los ojos, sino una gran parte de la cara. Parecía que estaba azogado segun la extraordinaria rapidez con que corría de un extremo á otro, y preguntaba continuamente si era ya la hora de marchar. Movido de curiosidad, le cerré el paso y le dije:

—¿Parece, amigo, que tiene V. mucha prisa?

—Cierto. Tengo muchos deseos de salir de Madrid, y muchísimos mas de llegar adonde me dirijo: me respondió inmediatamente.

—¿Y de qué procede esa extraordinaria impaciencia?

—He sido empleado.

—Eso no es malo.

—Soy empleado.

—Eso es mucho mejor.

—He sido cesante.

—Eso no es bueno.

—Me dejaron cesante tres años hace, y los he pasado en Madrid solicitando mi reposición y comiéndome los codos de hambre. He logrado que me repongan, y voy á tomar posesión, no sea que cuando llegue me encuentre con la plaza ocupada.

—¿Qué destino desempeñaba V.?

—Una plaza de vista de aduana.

—¿Y va V. con el mismo destino?

—Sí señor.

—Por eso va V. pertrechado de esas enormes gafas verdes, para que la vista no padezca durante el camino.

—Voy á hacer á V. una confianza.

—Guardaré fielmente el secreto.

—Yo he comprado estas gafas para no quitármelas jamás.

—¡Hombre!

—Cuando fui vista la otra vez no usé gafas; contaba escrupulosamente los hilos, y me separaron. Ahora pienso no quitarme las gafas y ver las telas como al comerciante acomode. La vez pasada viví con mi sueldo, y después he tenido hambre; ahora pienso ahorrar algunos cuartos por si vuelve la cesantía.

El vista con gafas me dejó y fué á informarse de la hora.

—¿Qué hace V. por aquí, amigo mio? me preguntó, dándome la mano otro viajero, en quien yo no había reparado, y que si no era amigo mio era bastante conocido.

—Aquí estoy esperando á un amigo que va á tomar aires. ¿Y V. adónde se dirige?

—A París, á estudiar concienzudamente la gran cuestion social. A Londres, á examinar del mismo modo la cuestion industrial. A Alemania, á desentrañar perfectamente la cuestion filosófica. Y si me queda tiempo pasaré á informarme del estado militar de la Rusia.

—¡Larga tarea!

—¿Qué quiere V.! Hay tan pocos hombres en este país capaces de apreciar las grandes cuestiones europeas, que tiene que hacer uno solo lo que debieran hacer entre ciento.

—Tiene V. razon; los hombres grandes escasean.

—Ahí tiene V. un majadero que va á Londres sin mas objeto que darse tono de hombre rico con los banqueros de aquella ciudad; y un marqués calavera, que irá á hacer locuras con los malos cabezas de aquella sesuda aristocracia: me dijo cambiando de tono y señalándome dos viajeros, título el uno y banquero el otro, muy conocidos en la corte.

Di un espresivo apretón de manos al profundo estadista, que debía traer al Mediodía de Europa todas las tinieblas del Norte, y pasé á



examinar los cuatro viajeros, pequeñas cuestiones, comparadas con las cuatro capitalistas que iba á examinar el estadista.

¡Útil tarea! Solo encuentro un estudiante, como todos los de esta época, sin fisonomía particular, sin olor, color ni sabor; y tres criados, pertenecientes á la encantadora Cristina, al capitalista y al marqués. El estadista viajaba solo.

—Vamos, señores, á la góndola, gritó un dependiente de las diligencias, y al mismo tiempo gritó mi amigo:

—Este saco de noche á la vaca.

—Por poco te quedas en Madrid, le dije acercándome al coche.

—Soy muy exacto, me respondió. Ni cuarto de hora antes ni minuto después.

—Exactitud inglesa.

—Cuando no estan recién comidos.

El marqués, su criado y el estudiante subieron al cupé. Cristina, su madre y mi amigo, á quien envidié tanta dicha, se encajonaron en la berlina. La marquesa del Berro, la capitalista al por menor, la gobernadora y su esposo, el estadista y el banquero, llenaron el coche. La modesta muger del cesante, el vista de las gafas verdes, las dos doncellas de labor y los dos criados, se acomodaron en la rotunda. El acompañamiento se abalanzó á las portezuelas, pero el mayoral crujo el látigo, y todos se apresuraron á abrir paso á la góndola. Un confuso adiós se oyó un momento, y todos se quedaron fijos en el pesado carruaje.

¿Cuántos volverán de los que iban? ¿Cuántos realizarán sus proyectos? ¿Cuántos volverán á reunirse? Estas y otras muchas preguntas me hacia yo, en tanto que se disolvían los pequeños grupos, formados por los que habian tenido la obligacion, el pasatiempo ó el capricho de asistir á aquella despedida, y como acabé por quedarme solo, creí lo mas prudente encerrarme á escribir las reflexiones que habia hecho en EL SALÓN DE DILIGENCIAS.

JUAN DE ARIZA.

## ECKEUSUND.

Eckeusund es una aldea compuesta en su mayor parte de tejares, situada en la parte mas saliente de la punta de Broaker, en el golfo de Heusburgo, perteneciente al ducado de Schleswig.

El golfo de Heusburgo forma en Eckeusund otro pequeño golfo que une el estrecho entre Eckeusund y Alluöz con el golfo principal. Esta parte aislada del lago de Hausburgo se llama el Pübelssor, y se estiende hasta las aldeas de Atzbüll y Pübal. Toda esta parte es en general bastante pintoresca, viéndose además de trecho en trecho multitud de pueblecillos, entre los que hay algunos notables por su posicion y por algunos edificios feudales.



(Eckeusund.)

## EL ULTIMO REMEDIO.

(Conclusion.)

El hijo ó heredero de algun potentado hubiera concebido una magnífica idea para hacer un palacio. Diego era pobre, y los pobres tambien son egoistas; tambien saben dar oportuna direccion á su talento: habia concebido una magnífica idea para hacer un hospital.

Agitado como su pensamiento andaba de un lado á otro, y ya indeciso confundia aquí una línea para volverla después á formar; ya se cruzaba de brazos en accion de discurrir en el extremo opuesto, cuando acertó á pasar un caballero de edad ya proveya y de elevado aunque modesto porte, el cual, atraído por el aspecto de aquella fisonomía de genio, ó por deseo de ver en qué paraba aquella estravagante ocupacion, tomó asiento en una piedra que á pocos pasos habia. Al principio acaso lo creyó demente; pero es lo cierto que á los pocos momentos se le acercó, y observando aquella especie de plano le dijo en tono cortés: ¿Es V. arquitecto?

—Aspiro á serlo, contestó Diego.

—Y estos estudios son acaso el plan completo de alguna obra.

—Si señor, de un hospital.

—Son ensayos los que aquí traza V., ¿es verdad?

—No señor, es el plano completo.

—Hombre, me gusta la pizarra; y si no temiera ser indiscreto, le agradecería que me explicara en extracto su proyecto. Y á todo esto no separaba los ojos de aquellos medios círculos tan bien estampados en la arena, que parecian un correcto dibujo.

—Por lo que veo tiene V. amor á la arquitectura.

—Mucho. Le he consagrado los mejores dias de mi juventud.

—Y acaso tengo la suerte de estar hablando con algun maestro en el arte.

—Maestro no, soy únicamente uno de sus mayores apasionados.

—Pues entonces con mucho mas placer explicaré á V. mi plan, con la única exigencia de que me diga sin escrúpulo los defectos que en él encuentre.

—No espero encontrarlos; pero si así fuese, crea V. firmemente en mi franqueza, puesto que me autoriza V. á usarla.

—Empezaré por decir á V. que mi plan es descabellado para el actual sistema de beneficencia. Hasta aquí los hospitales, lejos de ser un asilo que recordase el pobre con gratitud, han sido el horrible cuadro en el que su memoria ve pintada la miseria, el abandono, la desespe-



ración y las angustias del padre y del hermano y del compañero y del amigo como fantasmas aterradores que le enseñan el epílogo de su porvenir. Solo ve escarnio, solo ve profanación del hombre por el hombre.

—Os dejais acaso llevar de vuestra imaginación de joven: la caridad no es como creéis una palabra vana.

—Bien se conoce que no le ha llevado á V. la desgracia hasta un hospital. Si hubiera V. pasado cinco noches entre la vida y la muerte, rodeado de moribundos, aspirando el aliento de las agonías, sin escuchar mas que el estremecimiento de la cama vecina producido por el estertor del infeliz que venia en sus convulsiones á morir á los pies de la vuestra! Si á las puertas de la muerte no hubiérais tenido un amigo que pronunciara vuestro nombre, y que recibiera vuestro adiós al mundo!...

—Pero V. vive y recobró sin duda la salud con los auxilios de uno de esos humanitarios establecimientos.

—Sí; cuando la fiebre me devoraba, y la debilidad apenas me concedía aliento, pedía con la humildad del enfermo abandonado un refresco que calmase mi sed, y si alguna vez se escuchaban estas súplicas, era para contestarme una blasfemia. Cuando la fiebre había cesado y solo quedaba de la enfermedad el decaimiento consiguiente, un aprendiz de sangrador se instruía en su oficio dividiéndome una vena, ó se probaba la fuerza de una cantárida en mi descarnado pecho.

—Me horroriza vuestra historia. Y con aire investigador dijo: ¿Ha pasado V. por todo eso?

—Y tanto mas, contestó Diego con amargo acento, pero que no es del caso. Mi plan de hospitales, digo mal, el plan de un compañero mio, está basado en lo que deben ser segun todos los filósofos mas célebres del mundo.

—¿Querrá V. decirme cuál es?

—Positivamente no, porque yo no he hecho mas que circunscribirme á lo que él me ha dicho, y por el proyecto del edificio poco se puede deducir.

—Si tuviera V. la bondad de explicármelo; acaso dé alguna luz sobre las teorías de su amigo de V.

Aquí ya todo fueron razones y proporciones algebraicas y geométricas.

Después de una larga relación, que escuchó el desconocido con sumo interés, preguntó á Diego:

—¿Tendrá V. inconveniente en darme su nombre?

—Diego Alvarez me llamo, y en cuanto soy y valgo servidor de V.

El desconocido le miró atentamente, y como para disimular el efecto de aquella contestación repuso:

—Y ese su compañero ¿qué profesion tiene?

—Escritor.

—¿Y cuál es su nombre?

—Andrés Garcia.

—No le conozco; ¿hace mucho tiempo que escribe?

—Tres años próximamente.

—¿Y ha publicado alguna obra?

—Diferentes artículos sobre economía política que no ha firmado; tiene además inédito un tratado sobre administración y estadística, y no encuentra un editor que se lo imprima ni de balde.

—Pobre mozo! esclamó el desconocido; acaso tendrá un gran mérito.

A todo esto ya había avanzado la calzada que conduce al Prado, departiendo de cosas indiferentes.

Ya en la Carrera de San Gerónimo, le preguntó el desconocido á Diego las señas de su casa, y se internó en una de magnífica apariencia, despidiéndose cortésmente.

Al regresar Diego á su bohordilla se encontró en la escalera á Antonio que volvía muy contento porque había logrado vender uno de sus cuadros, espuesto hacia mas de dos meses al público en el almacén de Bellas artes de la calle del Principe.

### III.

Subía Andrés por la desnivelada calle de la Cabeza, cabizbajo y pensativo con su envoltorio de papeles debajo del brazo y un desengaño mas en el corazón. Apareció en las esquinas aquella mañana un cartel que decía:

«Economía política. Colección escogida de todos los mejores libros que sobre esta ciencia se han publicado en Europa. La empresa cuenta con diferentes obras originales de reconocido mérito, etc., etc.»

Andrés, que había visto el cartel abierto, acudió presuroso á presentar su manuscrito al director de aquella publicación, en el que esperaba encontrar un hombre de conocimientos científicos; pero bien pronto renunció á esta idea, porque al proponerle la impresión de su original, después de leer el título repetidas veces, le contestó con des-

precioso gesto; Administración y estadística, Administración y estadística. ¿Qué tiene que ver esto con mi biblioteca? V. viene equivocado; esta no es la biblioteca de Autores Católicos; aquí no se imprimen libracos que nadie lee; aquí únicamente de ciencia política y económica, y nada mas.

—Se servirá V. decirme, repuso Andrés, qué ramos son los que abraza esa colección de libros que V. anuncia.

—Lea V. el prospecto y déjeme en paz, que los hombres como yo no pueden perder el tiempo inútilmente.

Corrido de sí mismo salió sin duda Andrés, porque hasta su casa no levantó los ojos al cielo, y esta vez parecía que brotaban sangre.

Al mismo tiempo que él llegó á la puerta, estaba preguntando al portero por el cuarto de D. Diego Alvarez un caballero que pronunciaba el español con alguna dificultad; al que, al descubrir á Andrés, contestó el portero:—ese joven le acompañará á V.

Subieron los noventa y un escalones con precipitación, porque el español, que había olvidado casi su lengua nativa, cuando de un paso no ganaba dos, era porque ganaba tres.

### IV.

Oficial de graduación en el ejército carlista, tratamos del que subía la escalera con Andrés; hombre pundonoroso y de una fibra y voluntad de hierro, no había querido aceptar el cambio de colores que imponía á su casaca el titulado Convenio de Vergara. Se internó en Francia con los que creyendo buena ó mala su causa no querían abandonarla, y ya enseñando matemáticas, y ya traduciendo algunas obras del español al francés, no solo adquiría lo suficiente para vivir con holgura, sino que ayudaba un tanto con sus ahorros á los compañeros de espatriación. Al año y medio, obligados por el gobierno francés á pasar á una plaza del Norte, por temores de una nueva invasión en España, se fugó á Inglaterra, donde con los reducidos recursos que le quedaban se embarcó para las Indias. Hablaba con soltura el francés y el inglés, y conocía algo de alemán, á cuyo estudio se había dedicado en el infortunio: además, habiendo recibido una esmerada educación, y militado largos años, reunía un caudal de conocimientos y de experiencia con el que en cualquier parte del mundo un hombre laborioso puede aspirar á conseguir. Ya en las Indias, su actividad é inteligencia conquistaron pronto un buen crédito, que es la base por donde se empieza á ser rico en aquellos países, como en todos los que existe el verdadero comercio. Los negocios á que se dedicó le pusieron en contacto con las personas de mas importancia, y era admitido con extraordinaria distinción por su ameno carácter en todas las principales sociedades. Es preciso tener en cuenta que era franco como un aragonés, valiente como un catalán, decididor como un andaluz, y apuesto y gallardo como el mejor mozo de Vizcaya. De aquí el que enamorándose de una hermosa joven poseedora de un inmenso caudal, y esta á su vez del ilustrado coronel español, se estableciera una nueva *razon comercial* en la que entraba el apellido del que sin mas elementos que su ingenio había aparecido en aquel país dos años antes, donde residía algunos mas hasta que la familia de su esposa dispuso regresar á Europa. Su presencia en Madrid es bien fácil de explicar: ¿qué golondrina no vuelve á su nido en cuanto los vientos del Norte, con abril, echan de menos sus glaciales cavernas!

### V.

Al sentir pasos en la escalera salió corriendo Antonio, y al divisar á Andrés, como si su fortuna se redujera al placer que había de causar á su amigo, empezó á gritarle: *ya tenemos dinero, ya tenemos dinero*; he vendido la *Batalla de Otumba*, he vendido la... y se quedó la otra mitad de la frase cosida al deseo de decirlo, porque descubrió al que subía los escalones de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegó este al descanso inmediato á la bohordilla, con voz casi ahogada le repitió la pregunta que había hecho al portero, á la que contestó Antonio:

—Si señor, aquí vive, y dirigiéndose al interior, le dijo á Diego: un caballero te busca.

Pero el caballero no dió tiempo á la contestación, porque entró sin mas ni mas, y se abrazó á Diego zarandeándolo como si fuera un maniquí.

Es el caso, que como se estaba preparando para marchar á la Academia, y los zapatos habían dado en la manía de reirse á mas y mejor de las agudezas de su poseedor y de las amenazas de su dueño el artista Mr. Fiel ó Mr. el Andaluz, Diego se entretenía en describir con tinta algunas paralelas horizontales en el ventilado cargamento de los susodichos, y por consecuencia estaba descalzo del pié derecho, y tenía ambas manos ocupadas, una con la prueba del delito y otra con el código y la sentencia.



—Hermano mio! dijo por fin después de repetidos abrazos el desconocido. —Hermano mio! ¿no me conoces?

Diego, sin saber qué contestar, miraba á su cariñoso interlocutor todo asombrado.

—Soy Carlos, soy tu hermano.

—Carlos... Decis que sois Carlos, que sois mi hermano, le preguntó Diego, cuyos ojos parece que querian saltar de sus órbitas.

—Si, Diego, soy tu hermano.

—Caballero, dispensadme; mi único hermano murió en la guerra el año 39.

—Te engañas, hermano mio, si, soy yo mismo que, dado por muerto en Morella, salí á campaña nuevamente días antes de la disolución de nuestro ejército.

Pero estas palabras parece por la celeridad y la fuerza que tenían, que las pronunciaba un relámpago.

—Carlos!

—Diego!

—Hermano mio!

Y se abrazaron, permaneciendo así un instante sin voz y sin movimiento. Las lágrimas de Diego se escondían entre los largos cabellos de Carlos, y las de este caían en el desnudo pié de su hermano.

Antonio y Andres, á la puerta el uno y junto á la ventana el otro, contemplaban esta escena mirando al cielo.

Al mismo tiempo paraba un carruaje á la puerta de la casa.

Carlos fué el primero que rompió el silencio, y mirando á su alrededor exclamó con sentida voz:

—¿Cómo te encuentro!

—La última noticia que tuve tuya fué con la de la muerte de mi pobre madre; desde entonces desapareciste de Calatayud, y cuantas diligencias practiqué en tu busca mi amigo el conde de la Vega, fueron en balde hasta hoy que la casualidad se las ha proporcionado.

—¿Y qué eres? ¿de qué vives? ¿cómo lo has pasado hasta ahora?

—Hermano, tan triste y tan larga de contar sería la historia nuestra en estos últimos años, que puedes evitártela, y con ella muchas aflicciones.

—¿Pero en qué te ocupas?

—Voy á concluir la carrera de arquitecto dentro de breves días.

Entonces se apercibió Carlos de que no estaban solos, y saludó cortésmente á los compañeros de su hermano, al mismo tiempo que asomaba el portero su vetusta faz, anunciando al señor conde de la Vega.

Salieron á recibirlo todos menos Carlos, que miraba sorprendido el aspecto de aquella vivienda.

Diego, al descubrir al desconocido con quien había paseado en el Retiro, exclamó sorprendido:

—Es V. el señor conde?

—Y en cuanto soy y valgo, servidor de V., amigo mio.

Carlos cojió de la mano al conde de la Vega, y paseándole por aquella desordenada habitacion le dijo al oído:

—Cuanta miseria! Mira la situacion en que encuentro á mi infeliz hermano, que sin recursos de ninguna especie ha sabido hacerse una carrera distinguida.

Y le contestó el conde tambien al oído:

—Pues aqui reside el genio: mira esas paredes, repara en esos manuscritos, y en esos dibujos que conozco casi por incidencia.

## VI.

Estamos en el mes de mayo. Hace dos años que ocurrieron los sucesos precedentes.

Andrés tiene una reputacion literaria de importancia; es redactor del periódico oficial del gobierno, y el producto de sus obras constituye un lucido patrimonio.

Antonio ha presentado un cuadro en la esposicion que ha mandado adquirir el gobierno para colocar en la Academia. La embajada inglesa ha comprado á elevado precio todos los que encerraba la boharedilla de la calle de la Cabeza, y los que después ha pintado en su magnífico estudio de Carabanchel. Por el que hoy ocupa la atencion de los inteligentes se le ofrece una respetable suma que él no acepta, porque está decidido á regalarlo á la nacion.

Diego construye en la actualidad diferentes casas, algunas de su hermano, que resuelto á establecerse en Madrid, ha querido afincar una parte de su caudal.

El marqués de la Vega, viudo sin hijos, se pasa la mañana en el estudio de Antonio. Andrés, que vive con él, hace la delicia de su mesa con su buen humor y gracejo, y Diego le acompaña á paseo regularmente por el Retiro, donde suelen alguna vez disputar, haciendo rayas en la arena, sobre si la manzana de casas de tal parte debia seguir recta ó hacer esta esquina y formar aquella curva. El marqués de la Vega es feliz, porque dice que tiene tres hijos, un pintor de rele-

vante mérito, un economista aventajado, al que pretende en la legislatura próxima hacer padre de la patria, y un arquitecto que es á la vez su tesoro y su secretario.

La esposa del ex-coronel vive cada vez mas contenta y feliz en España, y en su casa se reúnen todas las noches el conde de la Vega, Antonio, Andrés y su cuñado Diego, á quien llama siempre *mon frere*, que es como cuando no conocia el idioma español le titulaba.

Andrés acompaña al piano á Serafina, la niña de la casa, que no está contenta cuando tarda su amigo; sus padres se sourien siempre que pregunta inocentemente por él.

A las doce de la noche de aquel dia se reunieron Diego, Andrés y Antonio en el estudio de este; todos lloraban; pero en vez de maldecir su desgracia, decían á una voz:

La providencia ayuda siempre á los buenos; cuanto mas tarda en conceder su proteccion, tanto mayor es el premio que les aguarda.

El último remedio era un remordimiento para todos, que ninguno sin embargo recordó.

EDUARDO GASSET.

## UN DRAMA EN EL TEATRO DEL BALON DE CADIZ.

Era la época de los dramas, y lo que es mas, de los dramas horripilantes; época en que los periódicos de Madrid ridiculizaban en sangrientas caricaturas al *pastor clasiquino* pintándole con su zampaña y su viejo casaca, sentado en una silla á la sombra de la espesa haya de Titiro, y dejando pacer sus ovejuelas mientras él, con sus setenta navidades debajo de la peluca, cantaba los desdenes de su Tirsi. Entonces se hubiera tenido por una completa *curseria* el asistir á una representación de *El sí de las niñas*, si es que algun empresario estaba tan mal con su dinero que la pusiese en escena, y entonces *La Angela* y *La Teresa* de Dumas, *Lucrecia* y *El Tirano de Pádua*, de Victor Hugo, eran las mas interesantes como las mas morales de cuantas obras habia producido el ingenio humano en los malamente llamados buenos siglos de la literatura dramática. En este tiempo pues el teatro del Balon anunció en sus cartelones con cada letra tamaño como una hogaza de pan de Alcalá un dramote titulado *Treinta años ó la vida de un jugador*, cuidando de colgar en las esquinas primorosos transparentes bien cargados de almagra, los cuales, con tres noches de anticipacion anunciaban á las apiñadas turbas el magnifico espectáculo que iba á tener lugar junto al refidero de gallos; y como para darles una muestra de lo espasmódico de las situaciones y de lo patético de los lances, hizo la empresa fijar en todas las esquinas cuadros que representaban, ora un hombre que andaba á pistoletazos con diez gendarmes, ora otro que á puñalada limpia machacaba las liendres á un desventurado prójimo, y ora en fin, un reo agarrotado sobre el patibulo, haciendo su último visaje en medio de un lucido acompañamiento de sacerdotes, de soldados y de hermanos de la Caridad.

Preciso era ser de estuco para no caer en la tentacion, y entonces me dije á mí propio: «Marchemos con el siglo, y si no con el siglo, con la época. Esta es de emociones... pues yo voy tambien á buscar emociones. Dicen que al hombre fuerte, comida fuerte, y es menester que la posteridad vea nuestra fortaleza, en lo crudo, en lo indigesto del manjar con que alimentamos nuestras almas, así como calculamos la austeridad de los lacedemonios por el horrendo breva de su salsa negra.» Esto dije, y esto me propuse hacer, comenzando mi educacion moral en el teatro del Balon de allí á dos dias, los cuales esperé impaciente, como todo aquel á quien aguarda un verdadero acontecimiento de aquellos que deben cambiar la faz de su vida entera.

Llegó pues el dia, y lo que es mas, llegó la hora, que era, por mas señas, la del anoecer de una tarde de las crudas de diciembre. Un norte largo soplabá sin tropezar en rama desde las heladas regiones del polo hasta tropezar con la modesta fachada del teatro del Balon, cuyo interior ha sufrido posteriormente notables reformas; pero que era en la época á que nos vamos refiriendo tal como lo describimos á continuacion.

Cuando circunstancias muy gloriosamente molestas hicieron forzosa la creacion de un teatro adonde no alcanzasen las bombas del ejército francés, los que tomaron á su cargo la obra se pusieron completamente al nivel de los sucesos. Los mas de los vecinos de Cádiz habitaban en improvisadas tiendas de campaña, ó alquilaban á peso de oro seis piés de terreno en alguna accesoría de las adyacencias del Hospicio, único lugar donde no existia la probabilidad de ser aplastado. El teatro del Balon debia estar en consonancia con semejante género de vida, y en efecto se hizo estrecho, molesto, ahogado; se le pusieron palcos como jaulas, y en el patio descarnados bancos, en comparacion de los cuales fuera cómodo sofá el banco del herrador de



la esquina. Dejose larga porcion para la gente de á pié, y en vez de plateas se establecieron unas especies de cobachas con gradas, llamadas por mal nombre galerías, cuya primera fila, única de donde podia verse el escenario, se pagaba mas cara que las otras, segun estaba muy puesto en el órden. Esta distribucion no habia variado esencialmente muchos años después, y era la propia que conservaba en el día á que me refiero, con la sola y esclusiva mejora (si tal podia llamarse) de haber sustituido con reverberos de nueva especie, situados alrededor de la sala, las luces de la suprimida araña que pendia en lo antiguo de su techo.

Era la hora, como decia, y desembocaba yo por aquel desapacible páramo, soplándome los dedos de puro gris que corria, y presentando la popa al viento al emparejar con alguna esquina de las dos ó tres calles que hay que atravesar en el tránsito del campo; pero no habia tenido la precaucion de proveerme de asiento, y con dolor de mi alma supe al llegar al botiquin que estaba vendida hasta la última localidad. La infanteria estaba rellena á pison, y no me atreví siquiera á probar fortuna en ella: por fin, un chico me revendió un asiento trasero de galería, donde después de sudores de muerte pude colocarme, si es que merecia el nombre de colocacion la que yo disfrutaba en aquella mala grada; porque siendo el último de los ocupantes, claro es que no me habian de guardar el mejor sitio: así era que solo podia ver una pequeña parte del escenario, y eso cuando me alzaba sobre las puntas de los piés, posicion harto difícil para mí que no he sido nunca aficionado á bailar el bolero. Resignéme con mi suerte como el ahorcado con la suya, y á poco comenzó el drama.

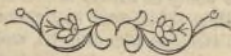
Ya se colige que poco pude enterarme de él por mas que estiré el pescuezo, el cual hubiera yo querido tenerle aquella tarde del largo del de cierto avestruz que no ha mucho ostentaba en los espectáculos de Cádiz su feisima estampa. Sin embargo, logré á duras penas ver que uno de los actores llevaba botas de campana, y al momento dije para mi capote: «ya te conozco: tú eres el hombre malo»; porque en efecto, tengo observado que no hay pícaro alguno en esos dramas, donde nunca deja de haberlos, que no use botas de campana como distintivo dramático de su maldad. No me engañé. Aquel era el jugador, el que hace morir á su papá de un berrenchin que le hace tomar, que se casa, que juega hasta la cama de su muger y de sus hijos, que anda á palos y á pistoletazos con sus compañeros de vicio, que quiere quemar á su hijo mayor porque husmea que trae algunos cuartos, y que termina su carrera al cabo de treinta años de hambres y de crímenes, cayendo en manos de la justicia. Todo esto me lo anunciaban ya sus picaras botas; y véase cómo el calzado puede tener una poderosísima influencia en la moralidad de los hombres.

No hay que decir que el público aplaudia á rabiar y que se estasiaba al considerar todo el esfuerzo de ingenio que emplearia el autor para poder presentar reunidas tantas atrocidades y tantos horribles lances en el corto espacio de treinta años, que es lo que se supone durar el drama. Mucho dura por lo visto el pellejo de un pícaro: de seguro no duraron tanto las campanas de sus botas.

Entre los estraños acontecimientos del drama, es el uno, y el mas venial acaso, que el protagonista mata á otro de un pistoletazo. Aconteció pues aquella noche, que al sonar el tiro nos quedamos todos á oscuras, porque la explosion apagó las luces del teatro. Por fortuna terminaba el acto, y en el intermedio se remedió la áveria; pero fué necesario que se nos hiciese saber estra-oficialmente la muerte de aquel hombre, puesto que no la habiamos visto. Aquello fué, en efecto, morir sin sol, sin luz y sin moscas.

Concluido que fué el drama, el público, sin duda por quitarse el amargor de la boca, comenzó á pedir á gritos el ole, no anunciado. Resistióse la autoridad; hubo tole tole; rompiéronse algunos bancos; la fuerza armada se puso sobre las armas; la policia llevó presos á algunos; repartió sendos estacazos á los mas contumaces, y el auditorio en masa abandonó el teatro, dejandose allí mas de cincuenta mugeres los zapatos, que es lo primero que ellas sueltan cuando corren. Yo fui arrastrado por la marea, y antes de mucho tuve que pasar del insufrible calor del coliseo á la helada temperatura de aquel descampado sitio. Por dicha, en vez de la pulmonía para la que tantos méritos tenia contraídos aquella noche, solo tuve un par de dias de calentura, durante los cuales mi imaginacion me ofrecia sin cesar la mala estampa de aquel hombre con sus botas, los aullidos de aquellas mugeres sin sus zapatos, y las descompasadas voces de los que pedian el ole. Calmóse al cabo mi fiebre y dejé de ver visiones; pero de allí en adelante no volví á fiarme de los pomposos transparentes del Balon.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## EL VIAJANTE Y EL MESONERO.

Cierto viajante  
llega á un meson,  
hambriento,  
sediento,  
grita: patron,  
¿hay que comer?  
Y el martagon:  
de todo hay, dice,  
gran provision.—

Vengan perdices.—  
Nadie las caza;  
no hay en la plaza  
un perdigon.—

Arroz con pollo.—  
Ni una gallina  
con esa indina  
faccion quedó.

De arroz no tengo  
ni un solo grano,  
que un valenciano  
me lo acabó.—

Magras con huevos.—  
¿Qué desgraciado!  
hoy se ha acabado  
todo el jamon.

Si á usted le gusta  
macho cabrio,  
hay, señor mio,  
buena racion.

Parte el viajero  
sin despedirse,  
gritando al irse:  
¡qué picaron!

Guárdate el diablo,  
negra posada,  
donde no hay nada  
sino cabron.

EUGENIO DE TAPIA.

## CANCION.

Como en la noche cálida  
del aromoso estío,  
al susurrar del céfiro  
se aduerme el mar bravio;  
del mundo así las lágrimas,  
las penas y dolores,  
trueca en celeste júbilo  
el soplo del amor.

En vano al hombre, trético  
cerca el feroz quebranto,  
en vano ruge indómita  
la tempestad del llanto,  
y el hado agolpa turbidos  
sus odios y rencores;  
que hasta la muerte es plácida  
al soplo del amor.

Desde su trono fúlgido  
el dictador eterno,  
contra el traidor espíritu  
monarca del Averno,  
en este valle misero  
de crímenes y errores,  
dióle al mortal el bálsamo  
divino del amor.

J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.